

editorial

A MARÍA EN MAYO

Querida Madre: te recordamos con orgullo y con cariño, aunque a veces seamos desagradecidos. Hace apenas unos días estabas al pie de la cruz de Jesús y nosotros contemplábamos la escena de lejos, como otros discípulos miedosos, sin atrevernos a dar la cara. Felizmente la luz de la Pascua mantiene abierta la puerta del futuro de Dios para toda la humanidad y tú, la primera agraciada y redimida, permaneces en tu sitio: allí donde otros hijos igualmente queridos y llorados siguen entregando la vida.

¿Nosotros? Es poco lo que podemos presentarte que sea auténtico. Lo de siempre por estas fechas: algunas flores cortadas en los rosales de nuestros hogares y un puñado de buenos deseos que brotan a duras penas en nuestro corazón y que vamos depositando a tus pies cuando vamos a besar tu imagen en estas noches de mayo.

¿Dónde vas Madre? Sigues incansable: caminas por las colinas ensangrentadas de Ruanda o de Burundi; permaneces en vela en los hospitales de campaña de Bosnia o de Chechenia; eres dulzura y esperanza en medio de tanta amargura; manas como una fuente de libertad y de justicia allí donde se trafica con la vida de cualquier ser humano.

Madre, en este mes de mayo enseñanos a gritar contigo las palabras del "Magnificat": que caigan de una vez para siempre los poderosos que oprimen y destruyen; que sepamos reconocer juntos la grandeza de Dios que se ha hecho pobre y solidario en tu seno y te comparte enteramente con nosotros ¡Madre de Dios y de los desterrados hijos de Eva!



María,
 corazón fuerte en bondad derramado.
 Forjado al ritmo de la luz y del amor.
 Vida perdida para encontrar la Vida,
 manos abiertas para acoger el dolor.
 Tu corazón es mar de olas partidas
 que buscan la playa extendida al sol.
 Tus labios besan la herida abierta
 y suavizan el rencor del corazón.
 Eres la fuente de vasos llenos
 que al hombre quita su sed de ardor.